


CAPÍTULO 1

Negroponte Kraan



Casi todos los niños huérfanos desean ser adoptados, pero Bruno era una excepción. Se sentía perfectamente feliz en el Orfanato Memorial Adelaida y Augustus Jarque de Mistyville, y no creía que pudiera necesitar nada que no se encontrara entre sus paredes. Aun así, seguramente habría aceptado con alegría y curiosidad al hombre que tenía delante y que quería convertirse en su padre adoptivo si no hubiera sido por tres razones.

La primera, que todo el mundo entendería sin ningún problema, era que no quería dejar a su mejor amigo, Dan, ni a Quincey, el director del orfanato.

La segunda, por la que tal vez algunos le tacharían de desconfiado, era que sabía muy bien que era demasiado mayor para ser adoptado; acababa de cumplir diez años y casi nadie se llevaba a niños de más de cinco. Bruno conocía esta regla a la perfección porque había vivido siempre en el orfanato.



La tercera razón, de la que sólo él parecía darse cuenta, era que su futuro padre adoptivo le daba escalofríos.

Quincey, desde luego, no mostraba ninguna inquietud. Sonreía a su huésped como si fuera lo mejor que había pasado por su despacho en mucho tiempo.

—¿Una taza de café, señor Kraan? —le estaba diciendo en ese preciso instante.

Quincey era un hombre de mediana edad, de compleción fuerte, rostro pecoso y cabello rubio y abundante, que llevaba siempre peinado con dos espesas patillas porque decía que tenía las orejas más feas del mundo.

—No, gracias —respondió el visitante con una voz baja y extrañamente ronca—. Me temo que no me siento bien.

—Por supuesto, por supuesto. Yo mismo debería tomar menos. El café, ya se sabe, nos excita innecesariamente. Pero al cabo del tiempo uno no puede pasar sin él, ¿eh?

Bruno contempló a Negrofonte Kraan mientras Quincey se servía un gigantesco tazón de café. A primera vista no parecía tener nada de especial, excepto una extraña piel lechosa y una cabellera más larga de lo que correspondía a un adulto. Era alto, de cuerpo delgado y movimientos ágiles, y tenía el pelo de un color rojo apagado.

Al principio, cuando Bruno había entrado en el despacho del director, Kraan le había sonreído cordialmente y él le había correspondido, pensando que tenía una pinta agradable a pesar de su palidez. Le había escuchado con interés durante unos minutos y, de pronto, se había dado cuenta de que se estaba quedando dormido. Sacudió la cabeza para espabilarse y la idea que se había hecho de su futuro padre adoptivo cambió totalmente. Le pareció que Negrofonte Kraan miraba demasiado fijamente a



Quincey con unos brillantes ojos de diferente color (uno era negro; el otro, dorado). Vio que se agarraba con fuerza a los brazos de su sillón y que sus labios se curvaban en un rictus de desagrado ante las palabras del director del orfanato; también se dio cuenta de que una vena del cuello le latía con fuerza anormal, y de que incluso su extraño traje de terciopelo negro parecía erizado y dispuesto para la lucha.

Bruno sintió la repentina urgencia de avisar del peligro al director y se levantó de un salto antes de pensar en lo que hacía.

–¿Ocurre algo? –preguntó Quincey, desconcertado.

–No –respondió él, sintiéndose ridículo de repente–. Pensé que... me pareció ver algo fuera. Seguro que sólo era un pájaro detrás de la ventana.

Quincey se volvió hacia el cristal, completamente opaco por la oscuridad de la noche. Kraan, aprovechando el instante, sonrió oscuramente al muchacho.

–No hay razón para estar asustado –le dijo en voz baja.

–Claro que no –añadió el director con calor, girándose hacia ellos–. Estoy seguro de que te irá perfectamente con tus padres adoptivos. Todos estamos convencidos de que te adaptarás muy bien. El señor Kraan y su esposa se consideran demasiado viejos como para adoptar a un bebé y por eso prefieren un chico de tu edad, que sepa apañárselas solo. No tengo ninguna duda de que serás muy feliz con ellos.

Bruno tuvo la sensación de que Quincey insistía demasiado en lo estupenda que iba a ser su vida con los Kraan.

–A todo el mundo le inquieta lo desconocido –intervino su padre adoptivo con suavidad–, pero en menos



tiempo del que imaginas nos habremos convertido en una familia. Y estoy seguro de que te acostumbrarás en seguida a nuestra forma de vida.

Bruno no sabía qué decir. Miró a Quincey, que asentía con gran entusiasmo.

—Claro que Bruno desea tener una familia. Lo que sucede es que siempre ha vivido aquí y un cambio tan radical nunca resulta fácil. Necesitará algo de tiempo, ¿no es verdad, amiguito?

—Por supuesto, por supuesto —dijo el visitante—. Tiempo... es algo que tendremos de sobra. Y además no es como si nos fuéramos al fin del mundo, ¿verdad? Mi esposa y yo pensamos quedarnos en Mistyville una temporada, para que al chico le resulte todo más sencillo. Y después elegiremos entre los tres nuestro futuro lugar de residencia. Seguro que eso te gustará, ¿eh, Bruno?

Quincey sonrió al ver cómo se animaba el rostro de Bruno. Kraan también pareció complacido.

—Buen muchacho. Mañana vendrá mi esposa a recogerte. Nos alojamos en el Hotel Perduto. Buenas noches, señor Quincey.

Y, sin una palabra más, Negroponte Kraan se levantó y abandonó la habitación. Bruno sintió un escalofrío cuando pasó por su lado. En su sillón, Quincey permanecía inmóvil, con una sonrisa entusiasta congelada en el rostro. Se estremeció al oír el batir de la puerta del despacho.

—Esto sí que es una sorpresa, ¿eh? —dijo. Parecía extrañamente aliviado.

Bruno también se sentía mejor ahora que Kraan se había marchado. Tal vez se había dejado influir por la penum-



bra amarillenta de la habitación y el viento que soplabá fuera, en la noche otoñal, pero le había parecido que su presencia en el despacho había hecho que la atmósfera se volviera más espesa.

—No entiendo por qué quieren adoptarme a mí, Quincey. Todas las parejas vienen aquí pidiendo bebés. Es... es una especie de ley universal.

—Pues es una suerte que esta vez haya fallado, amigo. Ya pensaba que ibas a quedarte aquí para siempre.

—Yo estaba seguro, ¿y qué? Estoy bien aquí. ¿Por qué no les has ofrecido otro chico? Incluso a Dan le vendría mejor que a mí.

—Si fuera sólo cosa mía, Bruno, te quedarías aquí todo el tiempo que quisieras, ya lo sabes. Y tienes razón, hay chicos que tienen mucha más necesidad que tú de una familia, y a Dan le ayudaría a organizar mejor ese agujero negro que tiene por cerebro. Pero no pienses que tú puedes pasar tan alegremente sin esa experiencia. El mundo está estructurado en familias y si ahora aprendes a vivir en una, estoy seguro de que te irá mucho mejor dentro de unos años. Yo me alegro de que tengas esta oportunidad. Y estoy convencido de que tú también.

La mirada del director era severa. Aun así, Bruno protestó.

—Pero ¿no podían elegir a otro? ¿A otro que quisiera irse?

—La verdad, Bruno, es que nadie me ha pedido mi opinión. Los señores Kraan han hablado directamente con el Consejo Provincial de Adopciones y, por lo que he oído, sabían muy bien lo que querían.

—¿A mí?



—Eso parece. Tengo entendido que no siguieron una vía muy ortodoxa, pero de alguna forma consiguieron convencer a los miembros del Consejo para que atendieran su petición. Supongo que no querían negarle esa oportunidad a un chico que, por su edad, tenía pocas posibilidades de ser adoptado.

Bruno recordó repentinamente un detalle.

—¿Te has fijado? El señor Kraan tenía un ojo de cada color, igual que yo.

Quincey le miró sorprendido.

—¿De verdad? Qué curioso. Porque, además, tú no eres el único...

—No, el idiota de Leopold también los tiene. Qué casualidad, ¿no? Yo pensaba que era algo bastante raro.

—Sí, es extraño...

Y por segunda vez en aquella conversación, Bruno tuvo la impresión de que su querido director le ocultaba algo.

